

Trinidad

Por José Montó

TRINIDAD es como una de esas bellas y melancólicas damas de poesía, que al mismo tiempo que se da, se hurta; que sabe sonreír, pero que no enseña plenamente su alegría; que sabe mostrar un rostro a rasos doloroso, pero que tiene el pudor de las lágrimas. Es como alguien a quien nunca se oyó sollozar, ni de quien nunca se escuchó una carcajada.

Tiene mucho de mora y de andaluza, y se barrunta que su cristianismo es hondo, sincero... pero que a más de un buen cristiano—de la ciudad prendida en la falda de una loma, le gustaría escuchar, junto con el tañer de las campanas de San Francisco, o de Paula, el alarido del muecín diciendo la plegaria mahometana. Y no deja de haber quien, llegando más allá en su escondido sincretismo, se da una vuelta por cierta zona donde el cabildo de San Antonio deja escuchar, algunas noches, un toque rítmico y bárbaro de tambor africano.

Trinidad se hace devota en la iglesia parroquial, en esa iglesia de la Santísima Trinidad que acentúa aún más su ambiente místico, cuando en las tardes tranquilas, quedas, estáticas de Trinidad, el rezo del Rosario —dirigido por un hombre de hábitos albos— y de las Letanias, van

apartando los espíritus de esta tierra inquieta, convulsiva y egoísta, y los va llevando, como rosas humanas en ofrenda, hacia el trono de María.

Trinidad se hace devota en la mañana dominguera, cuando temprano entran en Paula las más viejas devotas, y cuando a las nueve, en la Santísima Trinidad, el cántico de la Misa Mayor se escucha desde el parque que le

hace frente. Y después, tras la última genuflexión y la última súplica al Señor de la Vera Cruz, la alegre muchachada desciende por las calles del Desengaño y del Ro-

sario, para dispersarse por las de Alameda, Gutiérrez, Jesús María...

Trinidad se hace árabe al caer la tarde, y en las noches de luna y del clásico apagón (¡bendito sea!) de la planta eléctrica local. Entonces por la parte más alta, por Real, Cristo, Boca, San José, Guaurabo, las viejas casonas y las casas bajitas parecen surgir de la propia peña de las calles, y en las ventanas, como sombras arrancadas a dra-

mas de Calderón o Echegaray, se perfilan los novios —los clásicos “novios de ventana”—, eternos suspiradores por dos grandes ilusiones: la de pasar a la categoría de “novio de entrada”, y más tarde a la de esposo.

Se hace heroica Trinidad en el recuento de las conspiraciones. De las viejas conspiraciones de Narciso López, de Arcís, de Echarrí, de Armenteros. Y escucha uno de los relatos, a tiempo que camina por las calles empedradas donde parece oírse, como eco de la colonia ida, el golpe seco del regatón plateado del bastón de mando de un Corregidor. Y pasará por la ancha calle de La Boca, llegará hasta el parquecito que está frente a la cárcel y a la iglesia de Santa Ana, en cuya plazoleta se dirimen a pedradas, cada día de la festividad de la Patrona (precisamente los 26 de Julio), las viejas rencillas entre los muchachos de las distintas “cuadrillas” trinitarias: las de Santa Ana, Punta Brava, El Gallito, La Barranca...

Le dirán a uno que siguiendo el camino de Las Chanzonetas, en lo que es hoy co-



mienzo o término de la carretera hacia Sancti Spiritus, está La Mano del Negro, la finca en cuyo centro, cabe unos gruesos árboles centenarios, eran fusilados los que conspiraban o luchaban con las armas en las manos para libertar a Cuba.

Después, en historia más reciente, en página de ahora, le dirán de las dos noches de silencio trinitario —más acentuado y misterioso que nunca— que precedieron a la captura del avión trujillista. Y entonces, con justificada solemnidad y con legítimo orgullo, se hará el paralelo entre los bravos trinitarios que apresaron a los piratas ingleses —cuyas banderas oran el escudo trinitario—, aquellos otros que murieron conspirando contra España, y aquellos otros cuyas hazañas en las dos guerras, llenan las páginas de la historia local y de la historia nacional, para agregar, al final del paralelo, el comportamiento del pueblo cuando la toma del mismo por los revolucionarios, en diciembre del 58, y la captura del avión trujillista meses después, ya en plena Cuba libre de la tiranía. Y más de un trinitario —de los que piensan en heráldicas y blasones, sin dejar por eso de sentir lo de ahora— su-

gerirá la idea de agregar, a las banderas inglesas del escudo, la bandera dominicana trujillista. Sin contar que algún distintivo más le puede tocar, si se recuerda que desde allí, hacia México, salió Cortés. Sólo queda, como recuerdo una Cuba junto al Guaurabo.

Pero... falta otra Trinidad por ver aún. La ciudad que se transforma en ascua y resplandor, desde las dos hasta las cinco de la tarde de cada día. Las piedras que forman el pavimento, parecen calcinarse al sol del medio día; las fachadas blancas, como casas encaladas árabes y andaluzas, son como espejos colocados por doquier. Rinde a Trinidad el sopor. Todo es quietud hogareña. En verano, es la hora en que los nubarrones anuncian turbonada. Es la hora en que si uno se decide a recorrer algunas calles, y tiene la precaución de ir tomando aliento en algunas esquinas sombrosas, podrá escuchar, como en los

versos de Galarraga, la lección de música... Porque desde el interior de muchas casas, y pasando a través de las blancas cortinas de las ventanas, que flotan como banderas de rendición, llegarán hasta nuestros oídos las notas machaconas del "do, re, mi, fa sol...".

Cuando haya entrado la noche, vuelva por las esquinas y espere un poco: ven-

ciendo los ruidos y las estridencias de radios y televisores, se llegarán a escuchar, como traídas por espíritus invisibles, las notas del Vals sobre las Olas, o de viejas canciones ya olvidadas.

Ahora bien, cuando esté en Trinidad, nunca camine apresuradamente. No importa que esa no sea su costumbre, pero en Trinidad debe caminar a media velocidad en relación con su andar ordinario. Allí se luce fuera de ambiente, si camina con el espíritu de llegar pronto a alguna parte. Allí el tiempo se detuvo, y aunque circulen autos, ómnibus, aviones y cualquier otro tipo de vehículos motorizado, un trinitario no se explica nunca por que se tiene prisa. Eso permite, sin duda alguna, contemplar despaciosamente la ciudad: mirar hacia aquel alero donde anidan golondrinas,

ver cómo, por un caño verdinegro del Callejón del Teatro, un lagarto verde brillante, penetra con señorío y cautela; eso permite apreciar el viejo cañón que sirve de arrimo en una esquina de la calle Desengaño, y eso sirve, para que desde las ventanas, los vecinos no murmuren sobre la causa de su prisa.

Por las mañanas, cuide de saludar, sin pena y con mucho respeto, a los ancianos; ceda su acera, si es que la cortesía anticipada a la suya, no se lo impide; por las noches, al paso lento frente a las abiertas ventanas, no deje de decir sus "buenas noches". Para los trinitarios de pura cepa, quedan reservados otros saludos: el "adios" afectuoso si se es amigo, el "adios" de "o" alargada —según la confianza—, y la contracción del saludo tradicional de allí: "¿Qué hubo?", que se convierte en un "¿quiubo?", que sólo entendemos los de allá. Como sólo entendemos también el "mamía", contracción, sin duda de "alma mía".

Si acaso, en su recorrido de la tarde, lo sorprende un aguacero, y ve crecer las cañadas "de acera a acera", no dude en aceptar de inmediato la invitación que partirá de varias puertas: "pase, no se moje". No importa que usted no conozca a la familia aquella: todas son iguales en cortesía. No le harán preguntas indiscretas, pero seguramente les gustará saber algo de usted. Y mientras el trueno toma ecos heroicos al quedar encerrado en la caja armónica de las montañas que forman cinturón a Trinidad, usted saboreará un café y podrá saber, además, algo de aquella familia.

No sería extraño que descubriese que algunos antecesores de aquellos buenos trinitarios, fueron dueños de medio valle, de algunos ingenios y de grandes dotaciones de esclavos. Le están diciendo la verdad, porque en Trinidad ¡oh visitante inquisitivo!, todo el mundo tuvo "algo", muchos años atrás. Por eso, con crueldad nacida del despecho por no tener ciudad antigua y de abolengo, algunos otros villareños llaman a la villa que se hizo ciudad cuando venció a los ingleses, el pueblo de la "tubiería", haciendo un maligno juego de palabras con lo de "mi abuelo tuvo, mi bisabuelo tuvo...".

Si visitó las cuevas de Carlos Ayala y de La Milagrosa, habrá contemplado —especialmente en la última— escenas preciosísimas. Pero... mejor será que si una de las noches que usted pase en Trinidad, llueve abundantemente, pregunte a un viejo trinitario la historia de la Cueva de Carlos Ayala. Esa leyenda de crímenes, jueces y ahorcamiento, adquiere un particular acento cuando se escucha en una noche tormentosa. Si es posible, no deje de preguntar sobre historias de bandoleros de este siglo —y haciendo caso omiso de las historias de las políticas— insinúe que le narren algo de los tiempos de Solís y de Alvarez, allá por los años 15 y 16.

Si es usted hombre, y algún despreocupado le sugiere ver de noche los Callejones, evite que lo lleven por el del Pimpollo. Es lugar de dudosa fama. Por lo menos, de tal gozaba hace unos años. Pero no deje de pasar por el de Smith o Schmit, ni por el del Teatro ni por otros mu-

chos. Todavía sobre los muros de los patios, se desbordan hacia la calle añosos jazmineros que embalsaman el ambiente. Además, nada es más evocador y solemne, que "las buenas noches" dadas a los ancianos que, sentados a la puerta de la casa en sendas "mecedoras" parecen disfrutar, por última vez, del cielo tachonado de estrellas, que se hace más visible entonces desde los estrechos callejones.

Cuando contemple el perfil de la torre del antiguo convento de San Francisco, no sonría tan sólo cuando le expliquen que todavía allí siguen las campanas llamando a Misa y al Rosario, y doblando por los muertos... pero que en el convento —hoy centro de educación oficial— no se dice Misa, ni se reza el Rosario, sino en la iglesia parroquial, a una cuadra de allí. Es que la parroquial, no tiene campanario. Sonría, satisfecho, además, cuando le narren la historia de como hace cerca de tres siglos, por las tardes, cuando se construía el convento, los piadosos vecinos, acarreaban ladrillos, mezcla y piedras, musitaban Rosarios y Letanías. Formaban lo que hoy se nombraría una "brigada de trabajadores voluntarios". Y complácese también cuando se entere, de que en aquel convento enseñaron hombres sabios y prudentes, Filosofía, Derecho, Gramática y otras disciplinas. Era el tiempo en que los abuelos y bisabuelos de los trinitarios "tuvieron", en verdad, dineros y poderíos. También esclavos, y pese a que era la costumbre, en verdad que se hace duro pensar en que se tuvo un abuelo esclavista.

Por lo demás, amigo, comprenderá que Trinidad puede "verse" en un día, pero la hondura de Trinidad, la historia que pone alma en la vida de aquel pueblo, el por qué del caminar pausado, del alero derruido, de la torre franciscana... no podrá verse sino en varios días: cuando revistiendo el espíritu con un sayal y con un albornoz, veamos lo cristiano y lo moruno, lo de ayer y lo de hoy.

Será entonces cuando comprenderá que en cada sombrero de guano, tejido por aquellas manos femeninas

que se encallecieron desde niñas, hubo mucho de sangre, de explotación y de miseria; que en las sogas que

221
MONIO
CENTAL
HISTORIADOR
HABANA

4
se trenzan en viejos "tarabicos", también hay dolor, hambre y esperanza, y que en las tejas y en las vasijas que salen del estupendo barro de fuerte alúmina de los barrancos, hay también gotas de sangre, alguna lágrima y muchas esperanzas.

Como hay de todo eso —o por lo menos, hubo— en las barcas pesqueras que se mecen en las aguas casildeñas, y que uno contempla como motitas de algodón, desde La Popa, la loma más alta de la ciudad, donde se alza la ermita de La Candelaria, y a cuyo lado estuvo el hospital militar en tiempos de la Colonia.

Si sale usted de Trinidad cruzando el Valle de San Luis, pronto estará en Sancti Spiritus, también con su acento colonial; si se va por el camino de Cienfuegos, le dirán su adiós los ríos y los puentes, y el tranquilo mar; y si es el tren quien lo aleja de Trinidad, sentirá como el silbato —al sonar fuertemente cuando cruza un corto túnel a la salida del pueblo— parece un alarido desgarrador de despedida, y cómo la campana volteante de la locomotora, deja escuchar sus rítmico y extraño repique, como si fuesen dobles funerarios...

Será, quizás, su partida, en el raudo avión, y entonces los tejados viejos y renegridos, lucirán para usted el rojo ocre de las tejas españolas. De todos modos, el verdor circundante, los ríos o el mar, a su salida de Trinidad, mitigarán su pena por dejar un pueblo lleno de leyendas heroicas, pintorescas o románticas, donde los pregones del "marañón tostao", de los mamoncillos y de los dulces, se impregnan con una cadencia árabe; donde se escucha "la lección de piano", y donde del viejo piano se escapan por las noches perdidas melodías.

Se convencerá, después de unos días inmerso en Trinidad, que aquello hay que mirarlo con ojos de ausente (como quien está por fuera y por encima del tiempo y del espacio), para comprender que la antigua ciudad —todo ella un recuerdo— es como la dama de un poema igualmente antiguo; que se nos da en una sonrisa, pero que se nos hurta si insistimos...

222
Comprenda, amigo: Trinidad, generosa, se da a todos... y se hurta a quien no quiera recrearse en ella con ojos de ausente.

Ahora Bien...

Esta es la ciudad de cada día, esto es lo cotidiano. Para contemplarla enlutada o plena de jolgorio, debe esperar dos oportunidades únicas: La Semana Santa, con sus procasiones, saetas, sermones y ambiente de peregrinaje y duelo; y las fiestas de San Juan y San Pedro, para el jolgorio, las carreras de caballos, cuando los cascotes de Bucéfalos y Rocinantes sacan chispas "de candela" (como dice la muchachería) del duro empedrado trinitario, y por último, cuando los bailes llevan lo más granado de las bellezas locales a los adornados salones de el Liceo, el Casino, la Caridad, el Artesanos y la Luz.

Pero en ambas oportunidades —la de duelo y la de jolgorio— la fisonomía trinitaria si bien no cambia para los de allí, se desvirtúa totalmente para el visitante. Por eso el mejor consejo es éste:

Viva, durante varios días, lo trinitario cotidiano, y no deje de volver por Semana Santa y por San Juan y San Pedro, para comprender la otra Trinidad.